

### **Tercer domingo de Cuaresma B2021**

Quiero comenzar esta homilía con una pregunta muy simple: ¿Qué es la Cuaresma? La Cuaresma es un tiempo de batalla contra el mal, un tiempo de tomar una decisión firme por Dios, pero también un tiempo de aprender la verdadera adoración a Dios. De esto se tratan las lecturas de hoy para que descubramos el verdadero culto que agrada a Dios.

La primera lectura nos recuerda la importancia de la ley que Dios le dio a Israel y, a través de Israel, a nosotros. Los mandamientos tienen dos componentes. El primer grupo trata de los deberes y obligaciones hacia Dios y el segundo grupo trata de las responsabilidades humanas hacia nuestros semejantes. Estos dos elementos forman una unidad; no pueden separarse excepto por motivos de explicación.

Nadie puede decir que solo está interesado en Dios y que tiene nada que ver con sus semejantes. Tanto los humanitarios que se preocupan solo por los seres humanos así que los espiritualistas que solo se preocupan por Dios son engañosos. Solo podemos hacer ambas cosas al mismo tiempo.

¿Cuál es la esencia de los mandamientos? Para responder adecuadamente a esta pregunta, debemos saber que Israel no era el único pueblo en la tierra que tenía leyes buenas y justas, promulgadas en el nombre de Dios. La historia de la humanidad muestra varias colecciones de leyes publicadas por los soberanos de la antigüedad. Lo que marca la diferencia entre ellos es, en primer lugar, la forma en que se formularon estas leyes.

Las leyes de otras naciones siempre comienzan estableciendo una condición a la que se relaciona un castigo: si uno hiciera tal cosa... uno sería castigado, etc. Estas leyes son también impersonales mientras las de Israel son instrucciones dadas por Dios que habla a su pueblo: "No harás o harás esto y aquello... Lo importante aquí no es la prohibición, sino la garantía a dar a la relación con Dios que es el liberador de su pueblo. Es como cuando dos personas se casan; se fijaron un par de reglas para facilitar su vida comunitaria. Sin esto, la vida en unión se vuelve imposible.

Por eso, la aplicación de la ley requiere la libre respuesta del pueblo en términos de fidelidad. En este sentido, los Diez Mandamientos no son una restricción con respecto a la libertad humana. Son como señales de tráfico que indican a las personas la dirección correcta a seguir para llegar sin dificultad al lugar al que se dirigen. En esta perspectiva, quien sigue el camino propuesto por Dios se liberará de sus pasiones y egoísmo, y se convertirá en una persona libre que puede llegar fácilmente a la salvación eterna.

Sin embargo, no debemos olvidar que el resumen de todos los mandamientos es la ley del amor. El amor es más exigente que cualquier otra ley. Por ejemplo, ninguno de los Diez Mandamientos me obliga a amar a mis enemigos, a perdonar incondicionalmente, a compartir mis bienes generosamente con los pobres o a dar mi vida por mis hermanos y hermanas. La ley del amor me obliga a una atención constante para descubrir lo que puedo hacer por mis hermanos y hermanas porque sean felices. Como dice San Pablo, "Sólo el amor es el cumplimiento de la ley" (Romanos 13, 10).

Debido a que los Diez Mandamientos eran la garantía de la relación entre Dios y su pueblo, fue especialmente en el templo que se vivió y se hizo visible la relación. En este contexto, el templo jugó un papel importante en la vida del pueblo de Israel, como lugar de encuentro con Dios. Fue allí donde se guardó cuidadosamente el Arca de la Alianza. Por eso, el templo

fue considerado no solo como una morada de Dios en medio de su pueblo, sino también como un lugar sagrado por excelencia, donde el pueblo de Dios se reunía para adorarlo.

Para adorar correctamente, el libro de Levítico tenía muchas estipulaciones a respetar. Requirió los sacrificios para ofrecer, lo que justificó la presencia de comerciantes de bueyes, ovejas, palomas así como los cambistas. Estas actividades en el templo eran legales. Pero, imagina un poco el tráfico comercial y abarrotado como el que tenemos durante el mercadillo durante la temporada de navidad. ¿Cómo podría estar la atmósfera en el templo? Aunque algunos vendrían a adorar, otros estarían solo interesados en sus beneficios comerciales. Es en este contexto que debemos situar la reacción de Jesús.

De la reacción de Jesús, aprendemos algunas cosas: Primero, al perseguir a los comerciantes del templo, Jesús nos recuerda que nuestra relación con Dios no es una cuestión de comercio. Cuando esto se pasa por alto, existe el peligro de degradar la religión al utilizarla para intereses económicos. Y esta es una continua tentación ante nosotros. Yo mismo me he sentido muy a menudo avergonzado cuando después de un servicio la gente me pregunta: "Padre, ¿cuánto te daré?"

En segundo lugar, al purificar el templo de los "comerciantes", Jesús declara que el tiempo del Mesías ha comenzado. Condena claramente y enérgicamente toda combinación y confusión entre religión e intereses económicos. Esta enseñanza siempre se aplicará a la religión cristiana. La historia de la iglesia está llena de pecados de este tipo. Tal situación no se puede negar ni justificar. No podemos escuchar la palabra de Jesús sin pedir perdón por todo lo que fue en el pasado y en el presente un mal uso de la religión.

En tercer lugar, con su gesto, Jesús llama nuestra atención al aspecto interno de nuestro culto que sobre lo puramente externo y legalista. La verdadera adoración a Dios proviene de un corazón contrito y sincero más que del mero cumplimiento externo de deberes tan religiosos que sean. Jesús nos está llamando a la verdad de nuestros compromisos religiosos y la sinceridad de nuestra fe.

Finalmente, al decir que puede destruir el templo y restaurarlo de nuevo en tres días, Jesús está invitándonos a la adoración verdadera de Dios. El nuevo templo no son nuestras iglesias hechas de piedras. Dios no necesita este tipo de vivienda, ya que nunca necesitó el hermoso templo de Jerusalén.

Debemos convertirnos nosotros mismos en el templo de Dios. Con Cristo y en Cristo somos templo de Dios. La verdadera fe consiste en aceptar ser convertidos, con Cristo, en piedras vivas del nuevo templo y en entregar la vida por nuestros hermanos y hermanas. ¡Que este tiempo de Cuaresma nos ayude a comprender que el único sacrificio aceptable a Dios es la obra de caridad, el servicio generoso al prójimo, especialmente a los pobres, los enfermos, los hambrientos y los sin techo! ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Éxodo 21: 1-17; 1 Corintios 1: 22-25; Juan 2: 13-25**



Fecha de la Homilía: el 07 de Marzo, 2021  
© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20210307homilia.pdf